



Eugenia Straccali (coordinadora)  
*Derivas insulares*  
Buenos Aires  
Vuelo de Quimera  
2020  
93 páginas

PALABRAS CLAVE: POESÍA – PENSAMIENTO – ISLA –  
ARCHIPIÉLAGO – DERIVA

KEYWORDS: POETRY – THOUGHT – ISLAND –  
ARCHIPIELAGO – DRIFT

### **Detrás de todo continente, acecha una isla**

Clelia Moure<sup>1</sup>

Las relaciones entre poesía y pensamiento configuran un campo problemático de larga tradición, atravesado por tensiones y discusiones apasionantes. Prueba de ello es la fresca antigüedad de esos debates y su renovada vigencia. Este libro reúne siete textos que se inscriben, con registros y modulaciones muy diferentes, en ese universo.

Tal como lo señalan Eugenia Straccali, autora de la compilación, y Bruno Crisorio en el texto liminar: “Un archipiélago infinible” (9-19), estos ensayos “pueden leerse como unidades, y el libro en sí como una totalidad” (12); no obstante esas unidades y esa totalidad -nos advierten- son “contingentes y provisorias” (ibídem): cada reflexión se conecta con una pluralidad irreductible de textos literarios, filosóficos, culturales, configurando un archipiélago en virtud de productivas conexiones heterogéneas. Dicha pluralidad parece convocar el postulado derridiano (y podemos agregar: borgeano) que considera la filosofía como un género

---

<sup>1</sup> Clelia Moure se desempeña como docente e investigadora en el área de Teoría Literaria del Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Es Doctora en Letras por la UNLP y Magíster en Letras Hispánicas por la UNMdP. Es autora de dos libros de ensayos y de numerosos trabajos académicos en libros colectivos y revistas de crítica literaria especializada. Contacto: cimoure@mdp.edu.ar

particular de la literatura. En todos los ensayos aquí reunidos se pone a prueba la hipótesis que sobrevuela con insistencia la lectura de este libro: la poesía y el pensamiento son un devenir, dos series imbricadas que se necesitan y que no dejan de resonar una en la otra.

El libro nos presenta en primer término un texto inédito de Georges Didi-Huberman que explora la potencia política-poética de la emoción. A pesar de la distancia que nos separa de la tragedia ática, Didi-Huberman recupera el potencial filosófico-teórico de la queja en su conexión poderosa con la pregunta, con la espera y con la repetición. En diálogo con el joven Scholem, el pensador francés afirma que “el lamento es el lenguaje perfectamente no simbólico” (24) al provocar una experiencia del tiempo que hace cesura en la historia de los hombres. El lamento es el límite del lenguaje, por cuanto instala una pregunta infinita que no tendrá respuesta, sólo podrá ser el punto de partida de otras preguntas que se derivarán unas de otras al ritmo de la escansión poética. Como la poesía, la lamentación trágica se sustrae a la representación y es renuente a la simbolización, por ello permite y aun provoca la insistencia infinita del sentido. No es extraño que las reflexiones de Scholem giren en torno a la figura de Jonás, el profeta de la desobediencia, por cuanto hay insurrección en la queja, en la pregunta, en la espera y en la repetición: formas de la enunciación que, como el discurso poético, desobedecen los imperativos de la lengua y la hacen afrontar su límite. La poesía (como la queja que engendra la pregunta, como la repetición que infinitiza el sentido, como la espera que pone al orden simbólico en suspensión) nos enfrenta a una paradoja incómoda: es intraducible a la lengua, rechaza “los usos occidentales de la palabra”<sup>2</sup>, al decir de Antonin Artaud (2005: 101).

Los textos de Julián Axat y de Adriana Bocchino despliegan, en un registro personal y poético (imbricándose con la experiencia histórica colectiva), una trama urdida por la memoria, la intensidad del deseo y la potencia de los sueños, algunos postergados o incumplidos, pero vivos y activos en esta particular escritura literaria en la que el tiempo se vuelve fluido como el agua, y conecta en su deriva cuerpos, textos, fragmentos insulares de una vida. Ambos ensayos cruzan registros heterogéneos y realizan una inquietante y perturbadora travesía: son escrituras del cuerpo y de la memoria, del pasado y del presente, de la voz que exige ser proferida aunque vaya a dar en el silencio o en la incertidumbre.

---

<sup>2</sup> Fragmento de *El teatro y su doble*, ensayo de Antonin Artaud (Sudamericana, 2005) publicado originalmente en 1938, en el que el poeta y dramaturgo francés sostiene la necesidad de romper con la sujeción intelectual del lenguaje, y postula una poesía de los sentidos que transforme los vocablos en *encantamientos*.

El breve ensayo de Fabián Ludueña Romandini propone el archipiélago como cifra “de la topografía del pensar” (45). De la mano de Hesíodo y su legendaria isla de los bienaventurados, paradigma de lo insular como atopicidad, morada de héroes, pródiga en delicias para el alma, la isla se perfila como un no-lugar que nutre todas las utopías posteriores. Finalmente el autor afirma que sólo la poesía puede custodiar la utopía, por cuanto es la única escritura que conserva todas las posibilidades, todas las formas como pura potencia de resolución. Este texto nos permite vislumbrar una relación no codificable: la poesía y la utopía (como la isla, territorio en el que conviven lo uno y lo múltiple como condiciones de posibilidad) constituyen modos del agenciamiento entre lo finito y lo infinito, por cuanto en su existencia irrenunciablemente material y determinada, dan *cuerpo* y *lugar* a lo indeterminado (la utopía *en* el mundo real, lo indecible *en* el poema).

El texto de Juan Manuel Conforte piensa con Derrida que el mar, la isla y el desierto son espacios desde donde se ha construido nuestra cultura a partir de una pérdida esencial. Las marcas en el cuerpo del terreno son tan significativas -afirma el ensayista- que su grafía es “determinante de las gramáticas que circulan en la cultura que lo habita” (50). De este modo establece una original conexión entre topografía y lenguaje, vínculo que lo lleva a indagar en el archipiélago que conforma el imaginario argentino. Desde las islas del Río de la Plata hasta las Malvinas, pasando por la Bahía de Samborombón y su isla ausente (la isla que no cesa de aparecer, que no puede ser borrada), “la historia acuática de la Argentina está signada por la desaparición” (57). La angustiada experiencia de esa falta se escribe (se inscribe) en el cuerpo, en la topografía y en la página en blanco. Escritura incesante que trata de nombrar el vacío incesante, como un pájaro asido a su fuga.

El ensayo de Adrián Cangi, “Insulares” (59-81), propone una reflexión que atraviesa los límites de la ciencia, la filosofía y la poesía. El autor indaga en la “admirable identidad” (63) que reúne los imaginarios colectivos rituales de mitologías arcanas con las formaciones profundas y primeras de un inconsciente material que nos configura y nos gobierna. Los ritmos de la alternancia de las estaciones y de la repetición diaria habitan en el viviente humano, y expresan el potencial cosmogénico animal que obra en nosotros y que atraviesa nuestros cuerpos.

El mar y sus ritmos, como el canto, habitan el movimiento de los cuerpos. Las islas atrapan nuestra imaginación porque el mar impregna nuestra existencia como fuente de cualidades sonoras y visuales ligadas tanto a los ritmos productivos, como a los riesgos y cansancios de la vida. La potencia ritmada de la identidad y de la diferencia (de la diferencia que acecha en toda identidad) determina el lugar de lo común, definido por el ensayista como “un no-lugar inaferrable entre hostilidad y hospitalidad, donde las fuerzas y ritmos impersonales de lo común se conjugan y

diferencian.” (65). Sin diferencia de potencial de los ritmos, no hay vida política en lo común. Ahora bien, la deriva de esta reflexión anclada en el poder político de la imaginación y del potencial cosmogénico que nos habita, nos arroja a una pregunta crucial: “¿Existe en la multiplicidad del archipiélago un *ethos* común que reúne lo múltiple? Aquellas fuerzas de los ritmos primeros que provienen del mar, ¿se reúnen con las lógicas políticas de lo común?” (70) A estas preguntas responde el autor recuperando toda la reflexión desplegada en el ensayo: “La multiplicidad será salvada por la poética del archipiélago con sus ritmos cosmológicos en la vida antropológica-política del *logos* común; será siempre potencia insular, simultáneamente imaginaria y real, en la que se funda la esencia y la potencia de los hombres y mujeres salinos.” (70). Como corolario, se afirma la existencia de un inconsciente material que afecta lo imaginario y se inscribe en el estilo de los grandes poetas. Así, el ritmo poético emerge como la huella en todo lo que existe, excedente arcaico de una fuerza inmemorial que atraviesa y determina el campo social.

El libro cierra con el excelente ensayo de Germán Prósperi: “El Ser entre paréntesis. Islas desreales y reducción ontológica” (82-91). Sin ignorar la larga tradición filosófica occidental que ha convertido a las islas en objeto de reflexión, el ensayista propone otro camino: el de “un devenir-isla de la propia reflexión o, más bien, de una contaminación recíproca del pensamiento y las islas” (83). Se impone para ello la aceptación de un pensamiento sin sujeto como condición previa y necesaria para esta exploración. Es decir, es urgente y necesario que abandonemos “la ciudadela de la forma personal, del ego (incluso puro, incluso trascendental)” (87). En esta vía de reflexión que excede las determinaciones filosóficas de la modernidad y su anclaje en la racionalidad del sujeto individual, Prósperi alcanza (a través de un uso productivo de la noción husserliana de *epochē*) una declaración poderosa: “Sólo porque tropezamos con, o nos abismamos en, estas islas somos capaces de escribir, de pensar, de amar, de vivir. Las cosas que valen la pena vienen siempre de allí, y vienen forzosamente *sub specie imaginationis*.” (87). La consistente conclusión de este ensayo postula que las islas custodian lo que se interpone entre nosotros y nuestra humanidad (“entre nosotros y nosotros”), resguardan nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros recuerdos y nuestros amores. Ellas “nos salvan de los naufragios en lo horroroso del mundo, en la miseria de las identidades personales.” (89) El retorno a la insularidad marcaría un verdadero regreso a lo humano, desalojando la falsa creencia de que nuestros cuerpos y nuestros espíritus obedezcan a los designios de la razón y de la voluntad. Por el contrario, abandonar las islas implica someter la imaginación a la primacía del intelecto. Por eso, en uno de los pasajes más bellos del ensayo, Prósperi advierte: “Es falaz decir que escribimos o pensamos o contemplamos: los fantasmas nos usan para escribirse, para pensarse, para contemplarse... Detrás de todo continente, acecha una isla.

Solemos llamar ‘humano’ a la excusa que encuentran los fantasmas para pensar(se), para re-flexionar(se).” (88).

Este archipiélago de ensayos nos propone una ética insular. La heterogeneidad de las voces y de los estilos reunidos en este libro atraviesa -en un recorrido asombroso- la historia de nuestro pensamiento occidental a contrapelo de las lecciones de la metafísica clásica y moderna, y nos invita a pensar en la insularidad como un verdadero regreso a lo humano.

### **Referencias bibliográficas**

Artaud, Antonin (2005). *El teatro y su doble*. Buenos Aires: Sudamericana.